

México en Octavio Paz (1960)

Por Mariano Picón Salas

¿SE ESTÁN CONVIRTIENDO el ensayo y la poesía en géneros más significativos que la novela cuando se quiere desentrañar nuestro enigma existencial de latinoamericanos, es decir de pueblos que todavía esperan, periféricamente, que el mundo les reconozca su aporte a la Historia y que ellos acaben de reconocerse en el mundo? Como todas las zonas distantes y todavía provinciales de la civilización, la América Latina es un continente incomprendido.

Los europeos buscarían en él, solamente dos cosas: o la simple copia y perpetuación de los valores culturales de Europa o los elementos de un pintoresco y dudoso exotismo que por no tener ya vigencia en ninguna parte, se supone que es decorativa reserva de los países lejanos. Pero nuestra situación es más compleja pues no sólo somos pueblos provinciales que aprendimos las lenguas y literaturas de Europa, sino heredamos también un pasado indígena -tan arcaico y esplendoroso como el de México y el de Perú- y originamos sociedades de estructura diferente a las que no siempre pueden aplicarse el sincronismo y los esquemas sociológicos de las comunidades europeas. En una página casi humorística y desenfadada de Sarmiento, él explicaba su pintoresco debate con Monsieur Guizot cuando quería hacerle entender al gran historiador y Ministro de Relaciones Exteriores de Francia allá por 1846, las peculiaridades de un régimen y una sociedad como la de la Argentina en los días del tirano Rosas. Y Monsieur Guizot, tan inteligente para comprender la historia constitucional de los pueblos, era muy poco permeable a esta especie de Sociología traducida al "gaucho".

Desde hace algunos años, se ha ido desarrollando en la América Latina una rica literatura de interpretación de nuestra alma y nuestro ser histórico en

que los datos que no siempre suministran las estadísticas, se piden a la gran iluminación de la poesía. Porque, en la extrema tensión que refleja toda lírica, la poesía expresa una manera de "estar en el mundo". Desde los trágicos griegos, los poetas empezaron a descifrar mitos ya nombrar con la palabra auténtica -¡cuán difícil es lograrlo!- la complejidad de las cosas. Interesaría a un historiador que tuviera más imaginación que la que es frecuente en nuestros historiadores, descubrir la palpitante historicidad de algunos grandes poemas hispanoamericanos. Pues que vamos a hablar de México, pocas vivencias mexicanas se expresaron más desgarrada mente en poemas, como "Ifigenia cruel" de Alfonso Reyes; "Las lágrimas" de López Velarde y los del libro *La estación violenta* de Octavio Paz.

Quizás entre los poetas hispanoamericanos que llegan a la fecunda madurez de los 45 años, sea Octavio Paz el de obra más rica, más disparada hacia todas las direcciones del espíritu. ¿No es esta obra una potente síntesis, muy universal, muy latinoamericana, de los mayores sueños y aun las más arriesgadas formas que agitan la conciencia del hombre de hoy? Difícilmente se encontrará en un poeta europeo de su generación este valeroso compromiso existencial que marca la obra del poeta mexicano, y explica la audiencia que comienza a alcanzar hasta en los círculos más herméticos de la Literatura contemporánea. "Musa a los cuarenta y cinco, hagamos con más ahínco que nunca versos de amor" decía un poco juglarescamente su compatriota Amado Nervo. Pero la poesía de Paz quiere ir mucho más lejos; no sólo al encantado y sufriente país del amor, sino a aquel en que se revuelven en tormentoso "magma" las angustias, frustraciones y tentaciones del hombre de nuestro tiempo. Un libro como *El laberinto de la soledad* en que el poeta escribe excelente prosa de ensayista, es uno de sus más hondos y veraces testimonios. Mirando a México con sumo ardor y nostalgia parece un regreso de hijo pródigo que después de andar por todas las latitudes del mundo -España, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, China, India, Japón- comprende mejor el secreto de su pueblo. Quiso interrogado y desvelado

como a la madre-esfinge de las más viejas mitologías.

En pocos pueblos como México donde según la leyenda azteca todo acontecer era una catástrofe y la Historia marcó más convulsión y desgarramiento que en otras naciones acaso más felices pero menos interesantes, aflora lo que Jaspers llamaría una "situación límite". Frente a los conquistadores que destruían sus templos y estatuas; frente a sus poderosos vecinos que en el siglo XIX lo despojaban de la mitad de su territorio; frente a Napoleón que quería levantar allí un imperio ultramarino, vasallo de Francia, y frente a la propia insurgencia caótica de su pueblo, buscando tumultuariamente la justicia, la tierra mexicana vivió en extrema tensión histórica. Debía resucitar de cada incendio, como los dioses en la leyenda azteca de los soles. A veces el dios resurrecto era Quetzalcóatl: otras el sombrío y sangriento Huitzilopochtli. Con intuición de poeta y psicoanalista de la Historia Octavio Paz descubre algunas de esas máscaras que se fue forjando como defensa el pueblo mexicano y en las que, a veces, amuralló su soledad. Que el mexicano no quiera "rajarse", es decir no abrirse a la confianza y espontaneidad de los pueblos hedonistas; que abomine de la "Malinche", la india violada y entregada, en la que mira un símbolo de servilidad ante el extranjero, o transforme en áspero "machismo" su desconfianza, son expresiones de una "inseguridad" histórica que como en todas partes irá venciendo el desarrollo nacional. He aquí un diagnóstico que con diferencias de grado, puede regir para casi todos los pueblos latinoamericanos que se movieron en parecidos combates y frustraciones:

"Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación. Tan celoso de su intimidad como de la ajena, ni siquiera se atreve a rozar con sus ojos al vecino: una mirada puede desencadenar la cólera de esas almas cargadas de electricidad.

Atraviesa la vida *como* 'desollado': todo puede herirle, palabras y sospecha de palabras. Su lenguaje está lleno de reticencias, de figuras y alusiones, de puntos suspensivos: en su silencio hay repliegues, matices, nubarrones, arco iris súbitos, amenazas indescifrables. En suma, entre la realidad y su persona establece una muralla, no 'por invisible' menos infranqueable, 'de impasibilidad y lejanía, El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo y de los demás. Lejos, también de sí mismo".

Pero la conclusión del libro del poeta no es de ninguna manera, pesimista, y no hemos de asombrarnos demasiado porque algunos complejos de frustración pesen todavía sobre el alma hispanoamericana. La advertencia trágica -ya lo sabían los griegos- es más provechosa que el contento banal. De la insuficiencia de hoy, surge en proceso dialéctico la rebeldía creadora y el sentimiento de seguridad de mañana. ¡Cuántos trances y pruebas de horror y sangre vivieron los pueblos europeos hasta crear sus maduras civilizaciones! En el trayecto de toda existencia histórica se parte de la oscuridad instintiva, de la tiniebla germinal de los mitos, a la claridad y afirmación de la conciencia. Octavio Paz también nos cuenta en capítulos muy hermosos de su libro ("Conquista y colonia", "De la independencia a la revolución", "La inteligencia mexicana", "Nuestros días"), el camino heroico que ha hecho el pueblo de México para conquistar su sitio en el mundo. Con la revolución de las tres primeras décadas de este siglo, se abrieron volcánicamente los estratos de una escondida realidad histórica. Empezó a quebrarse en favor de un orden nuevo y de más íntegra justicia, aquella estructura inmóvil que ya el Barón de Humboldt había comparado con los boyardos y siervos del antiguo imperio ruso. De allí parte el México moderno. Fue como la segunda peregrinación del pueblo azteca en busca de su destino. Virilmente se ha ido perfilando como nación que ocupa primer puesto en una vanguardia por la justicia social y la cultura, entre todas nuestras repúblicas americanas. Por un camino que ya no es de sorpresa y temor como la de los conquistadores, ni de mentira política como la de los

generales dictadores, empezó a marchar ese México revolucionario. Debió pagar en sufrimiento -como todos los pueblos- lo que fue ganando en veracidad. Todavía -como en una de las más bellas historias americanas- los pueblos del continente para quienes México es un valeroso hermano mayor, quieren oír aquellas campanas que tocaba el cura Hidalgo en la aldea de Dolores prometiendo a todos, pan y libertad. Hacen bien los poetas como Octavio Paz, proyectando sobre el drama, esperanza y pasión de sus pueblos, la adivinadora luz de la poesía.

En su libro *Viajes y estudios Latinoamericanos. Páginas de Chile y Perú; Gusto de México; Imágenes y retratos*. Introd. de José Balza. Edición, notas y variantes de Cristian Álvarez. Caracas: Monte Ávila Editores (Biblioteca Mariano Picón Salas, 4), 1991, pp. 262-266.

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/mariano-picon-salas-vida-y-obra/>